

instintos artísticos de que han dado tantas muestras, obligan á darles un lugar aparte, *bien por encima de todas las poblaciones detenidas en el estado social de cazadores.*»

Pues bien, esos instintos y esas obras de arte, que bien pueden llamarse maestras, ¿qué son, sino clarísimas señales de la floreciente civilización primitiva de esas razas? Conviene todos los arqueólogos en que, hasta haber adquirido bastantes conocimientos de perspectiva, y hasta haberse ejercitado suficientemente, no podría ningún artista de nuestra época hacer grabados comparables con los numerosos que nos han dejado los trogloditas. ¿Pudieron pues carecer estos siquiera de las más fundamentales nociones del arte? (1) ¿Y esas nociones, de dónde les vinieron?

(1) Creen muchos arqueólogos que las tres cuartas partes y media de los hombres actuales serían incapaces de reproducir, antes de haberse ejercitado por largo tiempo, los dibujos verdaderamente admirables del mammut y del reno, hallados en las cavernas del Dordogne, y que por lo tanto los trogloditas tenían maestros de dibujo. «Esta población del reno, decía Mortillet, ponía el arte antes de la industria; eran hombres eminentemente artistas. En sus grabados y esculturas primitivas, se nota un sentimiento tan verdadero de las formas y de los movimientos, que es casi siempre posible determinar al animal representado y darse uno cuenta de la intención del artista. Hay allí mucha sencillez; es la infancia del arte, pero es incontestablemente el arte, y el arte bien real; hay una gran diferencia de aquello á esos bosquejos que hacen nuestros niños y, sobre todo, á las ridículas caricaturas producidas por los falsarios.» (Mortillet, *Materiaux*, t. III.)

«Su industria (la del troglodita), escribe el Sr. Hamard (en

¿Les era posible inventarlas en medio de aquel penoso género de vida?

Toda aquella civilización, tan nueva, tan repentina y tan aventajada, nos obliga á reconocer una raza que acababa de venir de un gran centro de ilustración. Y la habilidad que muestran al empezar á tallar el hueso y el marfil, de los cuales saben hacer, con increí-

La Science Catholique, Octubre de 1888, p. 709), se extendía aún más allá. En caso de necesidad, se hacía artista y artista de talento. Nos ha dejado en diversas localidades, especialmente en las grutas del Perigord, pruebas manifiestas de su habilidad como grabador y como escultor. Supo representar con gran exactitud la mayor parte de los animales que le rodeaban. Algunos de estos retratos denotan un talento de imitación, del que se enorgullecería un artista de nuestros días.

Puede verse en la interesante obra del Sr. Reinach, *Description du musée de Saint-Germain*, p. 168 y siguientes, un estudio minucioso y delicado del arte de los trogloditas. Un extracto muy completo de esa obra, hecho por el abate *Le Hir*, se hallará en la *Revue des Questions scientifiques*, Julio de 1890, página 203 y siguientes.

El Sr. Cartailhac (*La France Préhistorique*), entre otras muchas cosas notables, dice lo que sigue (p. 67): «Es casi siempre posible determinar el animal representado. Todos los detalles característicos de la especie, de la edad, del sexo están admirablemente reproducidos. Revelan un profundo espíritu de observación, un sentimiento exquisito de la naturaleza. Muchos de estos dibujos son superiores á las ilustraciones de algunos de nuestros libros de historia natural, y es preciso confesar que más de la mitad de las copias que se han hecho de esas obras para publicarlas, son inferiores á las originales. Este hecho es el mayor elogio de los artistas primitivos.» Véase en todo ese capítulo intitulado: *Premières manifestations artistiques de nos ancêtres*, una larga descripción, con no pocas reproducciones de los admirables trabajos de los trogloditas.

ble delicadeza, toda suerte de instrumentos los más variados, nos obligan á reconocer los notables conocimientos que traían los primeros hombres que, después del diluvio, vinieron á poblar nuestras tierras.

Hemos dicho que eran hijos de Cam, y nos mueve á creerlo así el instinto de emigración, que siempre han manifestado éstos. No po-

Aunque habíamos tenido el gusto de ver y examinar detenidamente muchas de las mejores muestras del arte de las cavernas de la nación vecina, deseábamos con ansia estudiar algunas de las cuevas de nuestra patria.

Muy cerca de esta villa hay una, que, desde la primera vez que la vimos, llamó mucho nuestra atención; nos persuadimos de que debía pertenecer á la época del reno. Pero los muchos depósitos recientes, que la rellenan, han hecho hasta ahora casi inútiles todas nuestras exploraciones. Sólo hemos podido hallar, relativo á nuestro objeto, un fragmento de hueso plano, lleno de rayas paralelas, practicadas intencionalmente; y ese á cerca de dos metros de profundidad.

Con mejor suerte hemos visitado, hace ocho días, la célebre caverna de Altamira, que está inmediata á Santillana (provincia de Santander). Aunque en nuestra excursión hubo muchas peripecias, pues una terrible lluvia, que nos cogió desprovistos en el camino, dejó nuestros blancos hábitos hechos una perdición, nunca podremos olvidar las gratas emociones, que junto con nuestros caros hermanos, los ilustrados PP. Fray José Aguilar y Fr. Eduardo Martínez, experimentamos al contemplar las maravillas y primores de los trogloditas de España.

La caverna tiene una pequeña entrada hacia el norte (cerrada ahora con puerta de hierro), en seguida se muestra espaciosa, y se divide en dos galerías. La de la derecha es muy larga y accidentada, y pertenece casi en su totalidad á la época del *Ursus spelaeus*. La de la izquierda es muy corta y regular, y pertenece á la *edad del reno*. Como es muy seca,

dían permanecer reunidos en ningún punto, toda la tierra les parecía pequeña para sus ambiciones, y no hubo en ella un rincón á donde no llegara algún camita muy luego. Ese instinto, convertido en naturaleza, tan claramente atestiguado por las tradiciones y por la Biblia, nos hace increíble que todos los descendientes del mencionado patriarca, hubieran tenido paciencia para permanecer reunidos con los de Sem hasta la época de la dispersión del Sennaar. Así pues, cuando aquellos pocos hombres salvados en el Arca, se establecieron por cierto tiempo en la Armenia, y se multiplicaron algún tanto, es pro-

formó un excelente abrigo; y como la bóveda es plana y sin ninguna estalactita, pudieron nuestros trogloditas dejar en ella fidelísimamente grabados, y de tamaño casi natural, los animales prehistóricos, que les rodeaban. Esos monumentos imperecederos de la inspiración pasmosa de los primeros artistas de España, son una verdadera gloria nacional; y creemos que ningún otro pueblo de Europa, puede ofrecer tan perfectos y acabados modelos del arte de aquella primitiva época. No es posible contemplarlos sin quedar uno absorto en la admiración más profunda. ¡Lástima que manos profanas hayan intentado retocarlos, eclipsando su incomparable valor!

Los trogloditas de Santillana vivían á la vez de la caza y de la pesca: en los numerosos restos de cocina, abundan más las conchas de diferentes moluscos de las playas vecinas, que distan cerca de dos leguas, que los huesos de reno y otros animales contemporáneos. Entre esos restos se hallan algunos instrumentos de pedernal, de cuarcita y aun de hueso. No hallamos nada de cerámica. Esta notable estación renne el arte de los cazadores del reno, con la vida de los kiokenmodingos. Es el lazo de unión entre dos edades que pudieran parecer del todo distintas.

bable que al irse después extendiendo por la Media (1), y mucho antes de encontrarse con el campo de la tierra del Sennaar, alguno que otro atrevido y aventurero camita, se separara de sus compañeros y marchara en busca de nuevas tierras, en que poder vivir á sus anchuras. Y los que así se fueron separando, movidos de aquel instinto nómada y errante que los dominaba, siguiendo un rumbo del todo opuesto al de los que preferían permanecer reunidos, vinieron á internarse en Europa, sin dejarse arredrar por lo duro del clima, y esperando quizá hallar algún país más benigno, que la Armenia de donde habían partido. Esa suerte de emigraciones debieron irse repitiendo durante la edad del reno; y así se explican las diferentes tribus que en aquel tiempo vinieron á poblar la Europa. La identidad sustancial de la industria, prueba la unidad del punto de partida, así como lo más ó menos adelantada que venía, nos hace ver que la emigración se verificó su-

(1) Más adelante haremos ver la trayectoria que siguieron los hombres al salir del Arca. Se dirigieron primeramente hacia la Bukaria, que se convirtió en centro, de donde irradiaron después por familias más ó menos numerosas; y al cabo de unos trescientos años, el núcleo principal se trasladó en masa hacia el Oeste, y vino á establecerse en el Sennaar. No es posible saber cuánto tiempo permanecerían en la Armenia, después de terminado el diluvio; quizá haya sido bastante considerable, para que, desde que partieron de allí, dirigidos al Oriente, hubieran podido ya empezar á desmembrarse algunas familias, originándose así las primeras disposiciones.

cesivamente. Por otra parte ciertas diferencias de raza, que se notan entre los trogloditas, prueban que con los descendientes de Cam debieron venir alguno que otro más aventurero hijo de Sem ó Jafet.

Que la inmensa mayoría de los moradores de las cavernas pertenezcan á la raza de Cam, nos lo acaban de confirmar las apreciaciones del Sr. Quatrefages, que reconoce, tanto en el género de vida, como en los caracteres anatómicos de nuestros trogloditas, una gran analogía, que obliga á reconocer una comunidad de origen, con las actuales *Pieles rojas*. Y estos, según la opinión más corriente, por lo menos entre los autores ortodoxos, deben ser reputados por camitas.

Cuando á fuerza de repetirse las emigraciones y de irse multiplicando en la misma Europa, no hallaron aquellos hombres de la edad del reno, suficiente número de cavernas, para morada y para sepultura, empezaron, á medida que en los diferentes países iba cesando la dureza del clima, á establecerse en los kiokenmodingos, con lo cual la civilización progresó notablemente. Pero donde mejor se conoce el alto grado de cultura, que pudieron alcanzar los trogloditas con las nuevas luces que les fueron viniendo del Oriente, es en los dólmenes, gigantescas construcciones, que levantaron (1) en sustitución de las

(1) Mucho se disputó en el Congreso de Bruselas sobre el

cavernas. Los monumentos megalíticos nos pasman por su extraordinaria grandeza; aquellos enormes peñascos, colocados verticalmente, y que llevan encima otros horizontales y casi tan grandes, revelan, en los hijos de los troglodistas, un ingenio que desafía al de nuestros mejores mecánicos (1).

origen de los pueblos que establecieron los dólmenes. Los señores Worsaae y Desor creen que los hombres de los dólmenes provienen del Mediodía; pero el general Faidherbe y Cartailhae, con más fundamento, los hacen partir del Norte; pues los dólmenes del Mediodía encierran ya muchos objetos de metal; al paso que los del Norte y centro de Europa, sólo los contienen de piedra pulida. También se disputó mucho sobre si aquellos hombres pertenecían á una sola raza ó á varias. Faidherbe pensaba que todos ellos incluso los del Africa, pertenecían á una sola, dolicocefala y de gran talla (1m 74 por término medio), y esa era la raza blanca de las orillas del Báltico. Worsaae, con más razón en este punto, cree que los dólmenes, forma natural del sepulcro, son obra de muchos pueblos y de muchas edades, y que se hallan aún dólmenes bastante modernos en la India.» V. Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 117 y 118.

Hoy está ya fuera de duda la verdad de esta segunda opinión, puesto que, en esos notables sepulcros, se han hallado muy diferentes tipos humanos. Lo que no se sabe es cuál fué la raza que empezó á elevar tan grandiosos monumentos; pero, por lo que hace á nuestro propósito, consta ya positivamente, que los hijos de los trogloditas llegaron á construirlos. Si fueron ellos los inventores de los dólmenes ó si aprendieron á elevarlos, en sus relaciones con las razas neolíticas venidas del Asia, es cuestión que está aún por resolver, si bien, hoy por hoy, lo último parece lo más probable. V. Quatrefages *Races humaines*, p. 110 y 111.

(1) Quien se maravilla de esta afirmación, oiga lo que dice el Sr. Cartailhae, avanzado trasformista, en *La France Préhistorique*, p. 27: «Las facultades del espíritu humano no parecen

Vemos pues que entre la edad paleolítica y la neolítica no existe una separación tan grande como pudiera suponerse; pues si bien la industria avanza de una manera, en general, bastante repentina, eso fué debido á la invasión de una raza mucho más numerosa y adelantada. Pero no por eso los hombres paleolíticos dejan de existir, ni sus industrias terminan á la vez en todas partes. Es cierto que muchos de ellos, al terminar el régimen frío, y empezar á emigrar el reno hacia las regiones septentrionales, marcharon en pos de aquel animal codiciado; pero también es cierto que la inmensa mayoría, ó se quedaron en sus mismas habitaciones antiguas, recibiendo gustosos toda la nueva civilización que acababa de llegar (pues sabían que todas las luces les venían del Oriente, de su antiguo país natal, y no podían menos de amarlas y codiciarlas), ó se incorporaron íntimamente con las razas neolíticas, abrazando, no solamente su civilización, sino también su género de vida (1).

Por otra parte, está ya demostrado y reco-

participar del progreso. Es imposible probar que un hijo de los talladores de sílex sería incapaz de instruirse y desarrollarse tan bien como nuestros niños. ¿Quién se atreverá á afirmar que el arte será algún día más grande que en los tiempos de Fidias y de Praxiteles?»

(1) Eso no quita que semejante fusión haya sido precedida de luchas sangrientas, y que algunas tribus aisladas se resistieran obstinadamente á recibir la nueva civilización.

nocido por la mayoría de los arqueólogos que algunos de los hombres paleolíticos conocieron la cerámica. Esta arte no es pues exclusiva de la edad posterior. Y si nos fijamos en el continuo perfeccionamiento de las armas de los trogloditas, veremos que, si se exceptúa el pulimento, que al cabo es cosa de poca importancia (1), por lo demás, algunas ya son comparables con las neolíticas. Si á esto se añade que durante la época de los Kiokenmodingos se empezó á resolver el gran problema de la domesticación de los animales, no podremos menos de reconocer unidas por grados insensibles la edad de la piedra tallada con la de la piedra pulimentada, por más que á primera vista parezcan del todo distintas.

La mayor y más marcada división de la industria humana, no debe establecerse ahí, como se ha venido haciendo hasta ahora,

(1) En la misma edad neolítica, donde se mostraba la verdadera habilidad en la fabricación de los sílex, era precisamente en tallarlos adecuadamente y con extraña delicadeza. El pulimento se hacía después con facilidad. Cerca de Spiennes se ha hallado un vastísimo taller de sílex neolíticos, donde se cree que se fabricaron millones de ellos para ser vendidos. Y de allí provienen la mayoría de las hachas halladas en Flandes y en los Ardennes. Pues bien, á pesar de la extraordinaria abundancia en que se encuentran, en los campos de Spiennes, sílex de toda especie, casi todos están simplemente tallados, y los pulidos son muy raros. "Las hachas eran expandidas en el comercio, sin estar pulimentadas, el comprador se encargaba de la operación larga, pero fácil, del pulimento."

Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 97 y siguientes.

sino precisamente en la inauguración de la época de la *Magdalena*. Esta no tiene ya ninguna relación con la precedente; empieza con un gran cataclismo universal, que la separa por completo de ella; empieza en medio de los rigores de un clima nada á propósito para progresar, y que nos hace creer más bien en un decaimiento; y empieza, sin embargo, con un esplendor que eclipsa enteramente á la época anterior. A simples sílex groseros y muy mal tallados, suceden sílex admirables, que sirven para fabricar los sin comparación más admirables y variadísimos instrumentos de hueso y de marfil, antes desconocidos; suceden las bellas artes en un estado tan perfecto, que producen obras capaces de dejar llenos de sorpresa á nuestros sabios; sucede luego la cerámica, suceden por fin los animales domésticos.

Ese cambio tan repentino y tan notable, esa completa sustitución de una industria rudimentaria, por otra incomparablemente superior, acaecida en Europa inmediatamente después del diluvio, supone por necesidad otra idéntica sustitución de las razas antiguas, que quedaron sepultadas en las aguas, por otra raza, venida de lejanos países, donde pudo preservarse de aquella terrible y universal inundación, y donde había alcanzado una civilización muy floreciente, en comparación de la cual, era pura sombra la que se había conocido en Europa.

ARTÍCULO II.

AL EMPEZAR LA EDAD DEL RENO HUBO TAMBIÉN UNA COMPLETA INTERRUPCIÓN Y PERFECTA SUSTITUCIÓN EN LAS RAZAS HUMANAS DE EUROPA.

ESA raza nueva, venida del Oriente á inaugurar en nuestros países la época de la Magdalena, esa raza, la primera que se estableció en Europa después del diluvio, y que supo desafiar valerosamente los fríos de la edad del reno, esa es la que deseamos ahora reconocer y caracterizar. Y ahora es precisamente cuando debemos abordar la resolución del problema más difícil, porque si con tantas dificultades tropezamos al pretender deslindar las industrias antediluvianas de las postdiluvianas, á causa de la extraña confusión que entre los sabios reina, á pesar de que la arqueología está ya algún tanto adelantada y puede prestar no pocos servicios á las nacientes ciencias prehistóricas, ¿con cuántas tropezaremos, al querer deslindar las razas, cuando la Antropología apenas se halla en embrión, y apenas puede darnos la menor luz, puesto que hasta el día no hay dos antropólogos conformes en nada, ni afirma-

ción importante que no tenga cien negaciones en contra?

Si pues ni los mayores sabios se entienden, si es tan incalculable la variedad de opiniones que en esta materia reina, lícito nos será á nosotros emitir, con entera libertad, nuestro parecer, que tendrá tantas probabilidades, como cualquier otro, para ser el verdadero y legítimo. Y podrá ser que llegue á tener más que ninguno, porque si la cuestión, mirada bajo el punto de vista puramente antropológico, no ha podido ser resuelta, quizá lo sea mirada bajo otro punto de vista más elevado.

Y eso es lo que pretendemos hacer nosotros. Hemos demostrado, con razones geológicas ineludibles, la existencia de un diluvio universal y horroroso, que no pudo dejar de exterminar por lo menos á la inmensa mayoría de los hombres; y acabamos de demostrar que á semejante cataclismo corresponde una completa sustitución de la industria humana en Europa. Con estos datos segurísimos, mil veces más seguros que cuantos cualquier antropólogo pudiera alegarnos en contra, tenemos legítimo derecho á exigir otra completa sustitución de las razas en nuestro continente, al empezar la *edad del reno*.

Las industrias de esta edad no tienen la menor relación con las precedentes, son industrias del todo desconocidas y extranjerías; otro tanto debe suceder á las razas.

§ I. EXAMEN DE LAS PRIMITIVAS RAZAS HUMANAS.—LA ANTROPOLOGÍA Á LA LUZ DEL DILUVIO UNIVERSAL.

LAS razas que con entera seguridad hallemos desde los albores de la edad del reno, deben reputarse, sin el menor género de duda, por las primeras que después del diluvio han venido de tierras extrañas á poblar las nuestras. Y las que, dentro de la mencionada edad, no han dejado ya ninguna señal legítima de su existencia, tenemos derecho á reconocerlas por razas antediluvianas.

Pues bien, entre éstas, sólo podemos hallar, hoy por hoy, la de *Canstadt*: «A juzgar por lo que sabemos, dice el Sr. Quatrefages (1), la más antigua raza cuaternaria es la de *Canstadt*, cuyos caracteres se hallan excepcionalmente exagerados en el hombre de *Neanderthal*. Las osamentas que la representan se han hallado, entre nosotros, en los más antiguos aluviones del Sena; en Italia, en los terrenos postpliocénicos, más inferiores, cerca de *Arezzo*, etc. Tiene por contemporáneos los mamíferos extinguidos de los primeros tiempos cuaternarios, y se relaciona por consiguiente con la edad del oso de *Lartet*. Esta

(1) *Races humaines*, p. 65.

raza, muy robusta y de una talla un poco por encima de la media (1^m,68; 1^m,73), era dolicocefala (índice 72,75). Parece haber llevado una vida errante, poco más ó menos, como la de los Australianos de nuestros días. Las industrias eran de las más rudimentarias. Tallaba la piedra, arrancándole grandes astillas, para hacer instrumentos que presentaban habitualmente una forma amigaloide, más ó menos alargada ó redondeada. Estos son los que se han designado bajo el nombre de *hachas de Saint-Acheul* ó *hachas acheulianas*, cuyo tipo se ha hallado en una porción de puntos. Los arqueólogos piensan que esta arma ó este útil no tenía mango, y se manejaba con la mano directamente. El hombre de *Canstadt* arreglaba también á veces, por el mismo procedimiento, groseros *raspadores*, que servían probablemente para raspar la madera y quizá las pieles.»

He aquí pues la única raza conocida, verdaderamente antediluviana; ningún resto suyo se encuentra después de la formación del loes; pero hasta allí se encuentran no pocos; y la industria se reduce á groseros y mal trabajados sílex. Su *vida errante* y degradada nos recuerda, sin querer, al más degenerado tipo de la maldecida raza de *Caín*.

Todos los demás hombres que suceden en seguida, habitan en las cavernas, y pertenecen esencialmente á la edad del reno. Verdaderamente que en casos *excepcionales* parecen haber

dejado algún resto en depósitos más antiguos (1); pero, puesto que las razas son post-diluvianas, debemos reconocer *á priori*, y más tarde probaremos directamente, que semejantes depósitos están removidos ó son muy dudosos, ó bien que aquellos restos fueron introducidos artificialmente.

Después de la raza de Canstadt se cree viene la de Cro-Magnón. «Ésta, dice Quatrefages (2), merece que nos detengamos un instante. Como la precedente, era dolicocefala (índice 70,05; 75,53); pero bajo su cráneo prolongado había una cara ancha y corta. La talla excedía mucho á la media (1,^m 78) y se elevaba en el hombre hasta 1,^m 85, y en la mujer hasta 1,^m 66. La armazón ósea era muy robusta, las impresiones musculares muy pronunciadas. En los fémures, en particular, la *línea áspera* sobresalía tanto, que se la ha comparado con una columna, y mejor con una pilastra.—La raza de Cro-Magnón habitaba las cavernas. Las armas, los útiles... que allí dejó dan un elevado testimonio en favor de la inteligencia y del espíritu de progreso que animaba á estos trogloditas.»

(1) Muy pronto haremos ver que en esos casos rarísimos los restos humanos son muy problemáticos y los depósitos más todavía; pues si bien á algunos les han parecido anteriores á la edad del reno, á los ojos de la mayoría de los sabios pasan ya ó por contemporáneos, ó por posteriores á esa edad.

(2) *Races humaines*, p. 67.

Si pues los hombres de Cro-Magnón habitaban las cavernas, si su industria es enteramente Magdaleniana, nos vemos precisados á reconocer que su existencia en Europa está del todo ligada con la *edad del reno*. Con los fríos que acompañaron esta edad, empezaron los hombres á buscar abrigo en los antrós de la tierra, según hemos dicho á su tiempo, con el Sr. Lapparent (1), y con la habitación de las cavernas, y con la misma *edad del reno*, comienza la época Magdaleniana. Los hombres de Cro-Magnón fueron pues los que introdujeron en Europa esa industria nueva y aventajada, que tanto acredita lo elevado de su inteligencia; pertenecen por lo tanto á una raza asiática que tuvo la gloria de ser la primera en poblar nuestro Continente después del diluvio.

No eran conocidos antes de este, como tampoco eran conocidas sus industrias; y nada importa que debajo del loes se encuentre algún rarísimo hueso, que con más ó menos probabilidad se pueda atribuir á esta raza. Los trogloditas enterraban á sus muertos, como se ven precisados á reconocer los arqueólogos (2), y al encontrar ahora aquellos

(1) *Géologie*, p. 1275. V. Reinach, *Description du Musée de Saint-Germain*, p. 35; Cartailhac, *La France Préhistorique*.

(2) A pesar de que Mortillet se empeñó en decir lo contrario, sin más fundamento que el deseo de denigrar á los primitivos moradores de Europa (V. *Le Préhistorique*, 1883, p. 480), su mismo discípulo y amigo, el Sr. Cartailhac, le da un so-

antiguísimos sepulcros, practicados en las mismas cavernas ó en los aluviones, hay sabios que se obstinan en creer que los huesos humanos así hallados son contemporáneos de los depósitos en que fueron introducidos. Para creer en esa contemporaneidad, era preciso probar que los terrenos están del todo intactos, que jamás ha intervenido en ellos la mano del hombre, y que, después de haberse depositado, jamás han sido removidos ó arrastrados por las aguas. Y esa prueba es tan difícil en los terrenos cuaternarios, á causa de la naturaleza particular de los materiales, que sólo, en rarísimos casos, podemos conocer con certeza que los depósitos se hallan intactos en su primitivo y natural yacimiento.

Añádase á todo esto ahora, que en la época de la Magdalena había grandes artistas que tallaban primorosamente el marfil y los huesos, que hallaban sepultados en las cavernas. ¿Cuántas veces registrarían pues la tierra y removerían el terreno para encontrar aquellos materiales preciosos? Por esa razón

lemne mentis, intitulado uno de los más interesantes capítulos de su notable obra, *La France Préhistorique*, páginas 91-221, de la manera siguiente: *Le culte des morts dans les cavernes et les stations quaternaires*, donde se prueba hasta la evidencia que los cadáveres eran sepultados con gran respeto. No menos terminante se muestra el Sr. Reitach, *Description du mus. de St.-Germain*, p. 260; la teoría de Mortillet no le merece otro epíteto que el de gratuita.

creemos que son tan raras en nuestros países las defensas fósiles de los grandes herbívoros, al paso que los molares y otros huesos suyos se hallan en mucha mayor abundancia; porque los trogloditas nos han llevado la delantera, y supieron explotar los ricos depósitos de marfil. Acostumbrados pues á remover tantas veces la tierra, no pudieron menos de dejar en ella encerrados algunos restos de su industria, y aun sus mismos cadáveres debieron también ser sepultados en las fosas ya practicadas para extraer el marfil. Nada más gratuito que, por hallar cualquier resto humano en un depósito antiguo, de integridad muy sospechosa, y en compañía de huesos de cualquier animal, pretender hacerlo todo contemporáneo. Se ha hallado el esqueleto de un hombre, al parecer de la raza de Cro-Magnón, con un collar formado de colmillos del oso de las cavernas, y ciertos antropólogos afirman con un tono tan magistral y con una intrepidez que pasma, que aquel hombre es contemporáneo del *Ursus spelæus*. ¡Pobre de aquel que al entrar en la cueva de Aitzquirri, por ejemplo, recoja y lleve consigo algunos de los numerosos colmillos que allí se encuentran, que si le ven con ellos esos antropólogos de penetrante mirada, lo declararán, mal que le pese, por antediluviano, y por tal tendrá que resignarse á pasar!

Casi contemporánea de la raza de Cro-Magnón, parece ser, según Quatrefages, la

de la *Truchere*. Poco se conoce de ella, pues no se ha hallado más que un solo cráneo; sin embargo, es bien distinta de la anterior, y es francamente braquicéfala.

Después de las dos mencionadas llegó á nosotros la raza de *Grenelle*, descubierta en los alrededores de París. «Se desarrolló (1) durante la edad del reno. Era también braquicéfala, pero menos que la de la *Truchere* (índice 83,33). Su talla era casi exactamente la media de las razas actuales (1^m 62). Viviendo á la orilla del río, cuyas gravas nos han conservado sus osamentas, no han podido permanecer en su sitio ni armas ni útiles, y es por consiguiente difícil apreciar su estado social. Sin embargo, los objetos recogidos permiten reconocer que si permaneció inferior á los hombres de Cro-Magnón, supo elevarse por encima de los de Canstadt...

Muy difícil nos parece que se pueda dar razón de por qué esta raza permaneció inferior á la de *Cro-Magnón*, siendo posterior á ella, y además braquicéfala; sino reconociendo que

(1) Quatrefages, *obra citada*, p. 72. El autor dice antes que esta raza se empieza á mostrar desde el fin de la edad del mammut, y eso no lo prueba, ni era fácil probarlo, siendo los terrenos, como son, removidos; pero aun cuando fuera cierto, nada importa, pues, como hemos dicho en otro lugar, se cree que aquel animal no se acabó de extinguir por completo, hasta haberse avanzado ya la edad del reno. Puede, por lo tanto, muy bien empezarse á mostrar esta raza, entre restos de mammut, sin embargo de haber entrado en Europa mucho después del diluvio.

las dos debieron salir próximamente al mismo tiempo del centro de civilización del Asia; pero al paso que la de *Grenelle*, más vagabunda y moradora de las riberas, se fué deteniendo en muchas partes y á la vez olvidando las luces que traía, la de Cro-Magnón vino directamente, y estableciéndose en seguida en ciertas cavernas y llevando una vida más sedentaria, pudo bien pronto empezar á rehacerse, y á dar claras muestras, á pesar de ser dolicocefalo, de los preciosos conocimientos que había traído, y que aun no se habían podido borrar de la memoria.

«Las dos razas de Furfooz (1) descubiertas por M. Dupont en el valle del Lesse, cerca de Dinant, están mejor conocidas. Una de ellas era sub-braquicéfala (índice 81, 39), la otra mesaticéfala (índice 79, 81) y puede ser que se deba reunir las si se hallan nuevos cráneos. Ambas eran casi de la talla de nuestros Lapones (1^m, 5.), sin dejar de ser por eso menos robustas. Estas dos razas vivían en las cavernas, donde se han hallado acumulados sus utensilios y sus armas de caza. Reunían los cadáveres de los muertos bajo cualquier abrigo, que servía de sepultura común, y depositaban junto á ellos ofrendas. Los trogloditas belgas parece que debieron tener costumbres pacíficas. Vivían de los productos de su caza. Los sílex empleados principal-

(1) Quatrefages, *obra citada*, p. 72 y 73.

mente para trabajar el hueso y las astas de reno, no eran productos del suelo que habitaban; les venían sobre todo de la Champagne. Era general entre ellos el gusto de adornarse; é iban á buscar hasta Grignón, cerca de Versailles, las conchas fósiles que les servían de ornamento. Estas hábitos suponen, como es claro, ó viajes bastante largos, ó una especie de comercio. Como los hombres de Cro-Magnón, empleaban el polvo de hierro oligisto para pintarse.»

Los hombres de Furfooz son los últimos que vinieron á Europa, entre todas las razas propiamente paleolíticas; cuando llegaron, ya hacía muchísimo tiempo que había desaparecido enteramente el mammut, pero aún duraba la edad del *reno*, puesto que entre los *restos de cocina* se encuentran varios huesos de aquel animal, junto con los de otros muchos que emigraron á la vez que él. Está ya demostrado que los trogloditas belgas conocieron la alfarería; así pues, ellos fueron los que empezaron á dar la mano y abrir el camino á la civilización neolítica.

«Por sus caracteres osteológicos (1), los hombres de Furfooz se distinguen limpiamente de los de la piedra pulimentada, que habitaron como ellos los alrededores de Namur, y que debieron ser sus contemporáneos. Que se comparen, por ejemplo, las dos cabezas

(1) Quatrefages, obra citada, p. 75 y 76.

del *Trou du Frontal* con las que M. Arnould recogió en la gruta de Sclaigneaux, y se notarán bien las diferencias. Sin entrar en más detalles, basta decir que las primeras son prognatas, y que una de ellas aun exagera este carácter, mientras que las segundas son notablemente ortognatas... Así pues, en la época geológica que precedió á la nuestra habitaron la Europa occidental muchas razas humanas perfectamente distintas. Estas razas no aparecieron entre nosotros simultáneamente.

«Las épocas, en que aparecieron por primera vez, se van escalonando en el tiempo; y están separadas unas de otras por largos intervalos... Por otra parte estas razas no se reemplazan, las más antiguas continúan durando al lado de las que fueron viniendo después.»

Por estos pasajes, que venimos citando, del ilustre antropólogo, en los cuales se halla resumida toda su doctrina, que es considerada como la última palabra que hasta el día ha dicho la ciencia, podemos ya ver claramente, que, en medio de la confusión que reina en la Antropología, con respecto al orden y sucesión de las razas, la teoría del diluvio universal, acaecido antes de empezar la *edad del reno*, puede derramar sobre la cuestión una claridad extraordinaria. Admitida ella, ya se percibe distintamente una marcada discontinuidad en las razas, correspon-

diente á otra más marcada en las industrias, y acaecida en la época del diluvio. Entonees hubo una interceptación completa y única en la historia; la primitiva y degradada raza de Canstadt no coexistió jamás con la inmediata de Cro-Magnón, como tampoco coexistieron sus tan diferentes industrias. Aquella se extinguió por completo, antes de empezar la *edad del reno*, la última empezó dentro de esa edad, dando ya claras muestras de su elevada inteligencia (1), y continuó du-

(1) "La raza de Cro-Magnón, escribe el Sr. Cartailhac, *La France Préhistorique*: p. 329, es muy diferente de la que acabamos de señalar (la de Canstadt). Por encima de los arcos superciliares, moderadamente salientes, la ancha frente sube en una dirección un poco oblicua, y su curba, cuyo alargamiento es enteramente excepcional, indica una notable amplitud de los lóbulos frontales del cerebro. Los parietales, considerablemente alargados, se dilatan también muchísimo hacia atrás, y contribuyen á dar al cráneo, y por lo tanto al cerebro, una gran capacidad. La cara está muy caracterizada por su anchura exuberante; por sus órbitas rectangulares y prodigiosamente agrandadas; sus pómulos desarrollados, su nariz saliente, larga y afilada, coronan un maxilar echado hacia adelante, pero que tiene los alvéolos y los dientes dirigidos en sentido vertical... Los diversos caracteres de las gentes de Cro-Magnón se encuentran en igual grado en la mayor parte de los esqueletos de los cazadores de renos del Dordogne, de los Pirineos, de Mentón...; viniendo á atestiguar su parentesco... La raza de Cro-Magnón está pues bien determinada; puede seguirla más allá de la época cuaternaria; está muy extendida en la época neolítica, y se relaciona positivamente con poblaciones antiguas y actuales de nuestro suelo y de nuestra vecindad, y sobre todo de la región mediterránea occidental..

Y después de hacernos ver cómo esta raza se fué mezclando

rando hasta... nuestros días, como muy luego veremos. Todas las demás razas que después fueron llegando, ya no se reemplazan, sino que coexisten unas al lado de otras; y el mismo fenómeno se repite al llegar las neolíticas, sólo que entonees las anteriores acabaron por abrazar gustosas la nueva y aventajada civilización, á la cual ellas mismas habían abierto el camino y le habían dado la mano.

Todas estas afirmaciones, bien conformes por cierto con los datos positivos de la ciencia, las hallamos además confirmadas por el siguiente y notable párrafo del mismo Quatrefages (1). «En Europa desde la aurora de los tiempos geológicos modernos, han venido razas nuevas á juntarse y mezclarse con los hombres fósiles contemporáneos de los animales perdidos ó emigrados. La fusión debió ser sin duda precedida, casi en todas partes, de luchas encarnizadas... Pero, por lo de-

con otras varias y posteriores á ella, termina diciendo, que durante la edad neolítica, "se ve sin embargo á la raza de Cro-Magnón predominar en el Mediodía y en el Oeste; á la de Furfooz, en el Nordeste... Pero á la de Canstadt no puede ya consagrar ni una sola palabra, porque esa raza había desaparecido por completo, y ni pura ni mezclada la podemos encontrar. Y eso que en un principio se había hallado bastante extendida (V. p. 328). ¿Por qué no ha quedado ningún resto de ella, encontrándose tantos de todas las otras? ¿Por qué no la podemos seguir, no sólo más allá de los tiempos cuaternarios, sino tampoco al finalizar estos mismos tiempos?

(1) *Obra citada*, p. 112 y 113.